

cia, se le prometió esta provincia á título de recompensa, al fin de la guerra. El duque Bernardo fingió dejarse engañar por esta generosidad, que estaba muy léjos del pensamiento de Richelieu, porque sabia que si lograba arrancar este país al enemigo que lo poseia, tambien sabia defenderlo contra los amigos que se lo disputasen. Por otra parte, nunca habia tenido la intención de romper con los suecos, por lo mismo comenzó sus operaciones conduciendo al ejército que habia levantado con el dinero de la Francia, á las orillas del Rhin, donde puso á los imperiales en la imposibilidad de enviar refuerzos contra el general Banner. Al secundar de este modo á la Suecia, no habia sido ménos útil al cardenal de la Valette, que desde el año precedente habia sido rechazado hasta Metz por el general Gallas. Este valiente general habia quitado igualmente á los suecos las ciudades de Maguncia y Francheuthal y habia realizado su atrevido proyecto de establecer sus cuarteles de invierno en el territorio frances, si el duque Bernardo, acudiendo en socorro del cardenal de la Valette, no lo hubiera obligado á replegarse hasta la Suabia.

En la campaña siguiente, Gallas pasó el Rhin cerca de Brissac y procuró de nuevo trasladar el teatro de la guerra á Francia, hasta llegó á apoderarse del condado de Borgoña mientras que los españoles invadian la Picardía por el lado de los Países Bajos, y que Juan de Werth, uno de los mas célebres generales de la «Liga» penetraba en Champagne y amenazaba á Paris con una próxima invasion; pero el valor frances contuvo la audacia de los austriacos, y una derrota sufrida frente á una fortaleza insignificante del Franco Condado, los forzó á renunciar por segunda vez á sus proyectos de conquista.

Una necesidad imperiosa habia podido solo obligar al du-

que Bernardo á someterse á obedecer las órdenes de un gefe como la Valette, mas propio para lucir orgullosamente el capelo de cardenal que á empuñar con honor el baston de mariscal de Francia. Si á pesar de de este yugo, tan contrario á sus vastos designios, habia conquistado á Saverne en Alsacia, el mal éxito de las armas francesas en los Países Bajos lo habia puesto tambien en la imposibilidad de sostenerse en el Rhin durante las campañas de 1636 y 1637. Pero cuando en 1638 logró desembarazarse del lazo que lo habia sujetado hasta entónces, y fué el único dueño de su ejército, imprimió de repente á la guerra unos movimientos diferentes. Dejando desde los primeros dias del mes de Febrero sus cuarteles de invierno que habia establecido en el obispado de Bale, fué á acampar á las orillas del Rhin, á pesar de las nieves y los hielos que parecian impedir el comenzar las hostilidades. Despues de apoderarse por sorpresa de Waldstetlen, Laufenburg, Waldshul y Seckingen, puso sitio á Reinfeld. Pero el general austriaco Savelli vino en socorro de esta ciudad con fuerzās tan superiores en número, que el duque Bernardo tuvo que retirarse despues de haber sufrido pérdidas considerables. Complaciéndose en desbaratar todas las previsiones del enemigo, y aprovechándose de la seguridad que le habia infundido su retirada, lo atacó tres dias despues, el 21 de Febrero de 1638, y lo derrotó completamente.

Esta brillante victoria costó á los imperiales no solamente una parte de su ejército, artillería, bagajes y municiones, sino los cuatro generales que lo mandaban: Savelli, Juan de Werth, Enkeford y Sperronter, que fueron hechos prisioneros con dos mil oficiales y soldados. Richelieu hizo llevar á los dos últimos á Francia, para lisonjear la vanidad nacional con la vista de estos ilustres cautivos: y para acabar de

aturdir al pueblo y que no pensase en los sacrificios que le imponían para sostener la guerra de Alemania, una procesión solemne llevó á la catedral las banderas y estandartes conquistados á los imperiales, y dió tres veces la vuelta al altar mayor, inclinando delante de él estos trofeos que terminaron por confiar al cuidado del santuario.

Inmediatamente despues de esta victoria, el duque Bernardo se apoderó de Rheinfeld, Racteln y Freiburg; y los alistamientos voluntarios que venían á reforzar á su ejército, no tardaron en hacerlo formidable.

La fortaleza de Brissac pasaba justamente por ser la llave de la Alsacia, por lo mismo los austriacos la guardaban con gran cuidado, y para garantirla de una sorpresa era por lo que en los años anteriores se habia expuesto á una pérdida cierta al ejército italiano del duque de Feria. La solidez de sus murallas y las ventajas naturales de su posición le permitían desafiar los ataques reiterados de un enemigo intrépido, y sin embargo, todos los generales del emperador estacionados en la comarca, tenían por misión principal proteger esta plaza y abandonarlo todo para salvarla si alguna vez se veía amenazada. La fortaleza habia protegido tan visiblemente al duque Bernardo, que se creyó autorizado á no encontrar nada imposible para él, y por lo mismo tomó la resolución de apoderarse de Brissac, no por la fuerza, sino por el hambre. Este proyecto temerario le habia sido sugerido por la imprudencia del comandante de la plaza, quien persuadido de que no se atreverían á atacarla, acababa de convertir en dinero las inmensas provisiones de víveres acumuladas hacia tanto tiempo en los almacenes.

Informado de esta circunstancia y de los preparativos del duque Bernardo para sitiar á Brissac, el general austriaco

haciéndoles ofrecimientos y promesas brillantes; porque en aquella época, los hombres que ejercían la profesión de las armas no se ocupaban de la justicia de la causa que defendían, sino del precio que ponían á sus servicios: y el valor era una mercancía que no se diferenciaba de todas las otras sino por la carestía y la facilidad con la cual se encontraba quien la vendiera.

La Francia, mas rica y menos lenta en sus negociaciones, triunfó de sus rivales, porque compró á precios exorbitantes al general Erlach, gobernador de Brissac, y á todos los otros gefes, quienes le entregaron esta fortaleza y en breve á todo el ejército.

El jóven palatino Carlos-Luis, que desde el año precedente se habia empeñado en una guerra desgraciada contra el emperador, dió en esta ocasion una nueva prueba de su imprudencia. Esperando apoderarse por la fuerza del ejército del duque Bernardo, el cual creía tener derechos hereditarios, y del cual queria servirse para reconquistar sus Estados, se arrojó locamente sobre el territorio frances, donde el cardenal de Richelieu se apoderó de su persona y lo tuvo como prisionero en Moulins, contra el derecho de gentes, hasta la conclusion de los negocios relativos á la sucesion del duque Bernardo de Weimar.

Dueña ya de un ejército aguerrido y establecido en Alemania, la Francia se decidió á atacar al emperador abiertamente y en su propio nombre. Pero no era ya contra Fernando II contra quien iba á entrar en campaña. Desde el mes de Febrero de 1637 este monarca, de edad entonces de cincuenta y nueve años, habia dejado de existir, dejando tras sí la terrible guerra que habia encendido. Durante todo el curso de su reinado no dejó un solo momento la espada, y

en diez y ocho años de luchas y combates no tuvo un día de paz. Poseía, sin embargo, una parte de las cualidades necesarias á un gran monarca y casi todas las virtudes que hacen la felicidad de los pueblos; pero las falsas ideas que se habia formado respecto de sus deberes lo convirtieron en instrumento y víctima de las pasiones que se agitaban á su alrededor, y aunque naturalmente humano y bueno, se convirtió en el opresor de la Alemania, en el enemigo de la paz y en el azote de su época. Amable en las relaciones de la vida privada, justo y elemente en todo lo concerniente á la administracion de sus Estados; débil, parcial y apasionado como hombre político, reunió en su cabeza las bendiciones de sus súbditos católicos y las maldiciones del mundo protestante.

La historia nos pinta déspotas mas odiosos que Fernando II, pero ninguno de ellos encendió una guerra de treinta años. Para llegar á este resultado, era preciso que la ceguera y la ambicion de un solo hombre se encontrasen en contacto con los antecedentes funestos y los gérmenes de discordia que el pasado le habia legado. En una época de paz, los defectos de este emperador hubieran desaparecido por falta de pábulo; la tranquilidad de los pueblos y la uniformidad de las creencias no habrian proporcionado trabajo á su ambicion ni á su fanatismo; pero las chispas de estas dos crueles pasiones al caer sobre un inmenso conjunto de materias inflamables, no podian dejar de poner fuego al incendio que abrasó á la Europa entera.

Su hijo, el rey de Hungría, bajo el nombre de Fernando III, heredó sus tronos, sus principios políticos y religiosos y tambien la guerra. Este príncipe habia visto de cerca las miserias que sufrían los pueblos: pero dependiendo menos

que su padre de los jesuitas y de la España, y acostumbrado ya á la idea de que los protestantes tenían tambien el derecho de participar de los beneficios de la constitucion germánica, podia escuchar los consejos de la justicia y de la moderacion, y sin embargo no los escuchó sino despues de una resistencia de doce años, y no consintió en dar la paz á la Europa, hasta que la ley imperiosa de la necesidad lo obligó á ello. Su elevacion al trono imperial se habia señalado por varias ventajas contra los suecos, que bajo la direccion enérgica de Banner habian establecido sus cuarteles de invierno en Sajonia, despues de la victoria de Witlstock para abrir la campaña de 1637 con el sitio de Leipzig. La valerosa defensa de la guarnicion y la aproximacion de las tropas imperiales y bávaras habian obligado á Banner á retirarse á Torgau, de donde fué arrojado de nuevo y reducido á emprender al traves de la Pomerania una retirada, cuyo atrevimiento y felices resultados rayan en prodigio.

Colocado entre los imperiales y el Oder, con un ejército muy poco numeroso para procurar abrirse un paso con las armas en la mano, y desprovisto de todos los objetos necesarios para construir un puente ó poner algunas barcas sobre el rio, buscó y logró encontrar cerca de Furstenberg un punto vadeable, lo atravesó el primero y todos los soldados imitaron su ejemplo. Caminando con el agua hasta el cuello, y arrastrando tras sí los cañones, que los caballos teniendo que nadar no podian hacer que avanzasen, llegaron á la otra orilla, donde Banner esperaba encontrar el cuerpo de ejército del general Wrangel, á quien habia enviado la órden de dejar la Pomerania para venir en su ayuda. Pero en lugar de este refuerzo se presentó un nuevo ejército imperial para impedirle el paso, y probarle que habia caido en un lazo del

que no podía salvarlo ningun poder humano. En efecto, tenia á su espalda al general austriaco de Bucheim y un país empobrecido: á la izquierda el Oder defendido por los imperiales, á la derecha la Polonia, en la que no se podía confiar á pesar de la tregua, y á su frente un ejército enemigo y las fortalezas de Landsberg, de Custrin y de Lawarta. Banner no pudo ménos que reprochar amargamente esta cruel posicion al comisario que la Francia le habia puesto para que lo vigilase.

«Vuestro gabinete, le dijo, puede regocijarse de todo lo que sufrimos aquí, porque es su obra: en lugar de operar como hubiamos convenido una diversion al emperador, en las orillas del Rhin, deja inactivos á sus ejércitos, y de esta manera permite al enemigo reunir todas sus fuerzas contra la Suecia. ¡Ahl si un dia los alemanes se uniesen francamente á nosotros para invadir la Francia, conoceríais muy pronto que no se necesitan ni tanto tiempo ni tantos preparativos para pasar el Rhin que vos mirais como una barrera que no se puede salvar.»

Banner, sin embargo, no era un hombre que perdiese su tiempo en estériles reproches: la fuerza y la destreza eran inútiles, solo podia salvarlo la astucia, y á ella apeló. Fingiendo querer penetrar en Polonia, envió en esta direccion una parte de los carros de su ejército y todas las mugeres de los oficiales sin exceptuar la suya. Engañados por esta providencia, los imperiales no pensaron mas que en cortarle el camino que ellos creian que estaba decidido á tomar; desaguarnecieron el Oder, y Banner se aprovechó de la noche para pasar este rio sin puentes ni barcas como lo habia hecho algunos dias antes cerca de Fürstenberg. Despues de haber realizado este difícil paso, en el que no perdió ni un solo hombre, le

de Goetz vino á toda prisa á la cabeza de doce mil hombres y tres mil carros cargados de víveres para aprovisionar la plaza; pero el duque atacó á este convoy cerca de Wittewyer, derrotó á la escolta y se apoderó de los carros. El duque de Lorena, que á su vez vino con seis mil hombres para hacer levantar el sitio, experimentó la misma suerte en el *Campo de los bueyes* (Ochsenfeld,) cerca de Thaur, y el general Goetz, apénas repuesto de su derrota, ensayó de nuevo, pero en vano, socorrer á la ciudad. Se rindió al fin el 7 de Diciembre de 1638, despues de un sitio de cuatro meses, que la habia hecho sufrir todos los horrores del hambre.

Al tomar posesion de Brissac, el duque Bernardo fué tan humano y generoso como valiente y enérgico habia sido durante el sitio. El primer resultado de este brillante triunfo fué el de reanimar sus antiguas esperanzas; porque desde este momento comenzaron á salir del dominio de las ilusiones para entrar en el de la realidad. Por otra parte, en una época en que todo se conseguia por medio del valor, en que las cualidades personales elevaban al que las poseia, en la que los grandes capitanes eran mas poderosos que los soberanos y en la que los valientes ejércitos tenian mas importancia que los mas grandes países, era permitido á un héroe como lo era el duque Bernardo de Weimar, el creerse capaz de triunfar de las empresas mas difíciles y digno de llegar á la mas alta fortuna. La embriaguez de la gloria lo hizo tal vez traicionar demasiado pronto sus verdaderas intenciones, porque no fué en nombre de la Francia sino en el suyo propio, en el que recibió los homenajes y el juramento de fidelidad de los habitantes de Brissac. Presintiendo, sin embargo, el peligro que acababa de atraerse, buscó á su alrededor una alianza que pudiese secundar sus proyectos sin lastimar su

orgullo, y su mirada se detuvo en la princesa Amelia de Hesse Casel, ya viuda por el fallecimiento reciente del landgrave Guillermo. Esta princesa, tan notable por los encantos de su talento como por la firmeza de su carácter, podía acompañar al don de su mano un valiente ejército, el landgraviato de Hesse Casel y todas las bellas provincias que su marido había quitado al partido católico. Al unir este ejército al suyo y á los Estados de la princesa, la Alsacia que acababa de conquistar el duque Bernardo se convertía en una potencia en Alemania, que interponiéndose entre los dos partidos decidiría á su voluntad de la paz ó de la guerra. Desgraciadamente la muerte vino á detenerlo en medio de este vasto y noble proyecto.

La noticia de la toma de Brissac causó tal alegría á Richelieu, que en el instante corrió á la casa de su antiguo confidente, y sin apercibirse de que el pobre capuchino estaba en la agonía le gritó al oído: «Animo, padre José, Brissac es nuestro.» Esta ciudad aseguraba, en efecto, á la Francia, la posesion de la Alsacia, porque el ministro consideraba como nula la promesa que había hecho al duque Bernardo. Cuando la conducta de este último le probó que él por su parte lo había tomado á lo serio, lo puso todo en juego para unirlo inmediatamente á los intereses de la Francia. Se le hizo una invitacion para ir á la corte á honrar con su presencia las fiestas con que se celebraban sus victorias, pero él adivinó el lazo y supo evitarlo. Sin darse por vencido, el cardenal le ofreció la mano de una de sus sobrinas. El orgulloso príncipe del imperio la rechazó, declarando que no quería manchar con una alianza desigual la noble sangre sajona.

Después de este insulto, Richelieu no vió en él mas que á un enemigo personal y lo trató como á tal. Primero le retiró

su pension y los subsidios, y después entabló negociaciones secretas con el gobernador de Brissac y los principales oficiales, quienes ofrecieron vender la plaza á la Francia, pero sólo en el caso en que muriese el duque Bernardo. Este príncipe no tardó en adivinar las intrigas que se urdian contra él, pero no le fueron ménos funestas porque lo pusieron en la necesidad de dividir sus fuerzas, y la falta de subsidios retardó sus operaciones militares. Su intencion era de pasar el Rhin para facilitar al general Banner, con quien se había puesto de acuerdo á este efecto, los ataques que proyectaba contra la Baviera y sobre todo contra el Austria. Para esta última expedicion debían reunir sus ejércitos. Este vasto proyecto fracasó por la muerte que vino á sorprender al duque en el mes de Junio de 1638 en Neuburgo sobre el Rhin, ántes de que hubiese llegado á la edad de treinta y seis años. La peste que en el espacio de dos dias arrebató mas de cuatrocientas víctimas del campamento de Neuburgo, basta sin duda para justificar la muerte prematura de este príncipe; pero ella fué tan favorable á la Francia que se atribuyó al veneno enviado de este país. El mismo duque estaba persuadido de ello, si hemos de dar crédito á las últimas palabras que se dice que pronunció. Estas palabras, y las manchas negras que cubrían su cadáver, convirtieron en certidumbre unas sospechas contra las cuales protestará siempre la epidemia que reinaba en el ejército. Pero cualesquiera que sean las causas de la muerte del duque Bernardo, lo cierto es que fué una desgracia irreparable para el partido protestante. Formado en la escuela de Gustavo-Adolfo, había escogido á este héroe por modelo, y lo había imitado tan perfectamente que tal vez se habría elevado á la misma altura si el destino le hubiera concedido una carrera mas larga. Su carácter pre-

sentaba á la vez la feliz reunion del valor del soldado intrépido, y de la profunda penetracion y tranquila serenidad del gefe experimentado; de la prevision de la edad madura y de la vivacidad de la juventud; del ardor un poco salvaje del guerrero y de la dignidad del soberano; de la dulce moderacion del juez y de la escrupulosa justicia del hombre de honor. Dotado de una firmeza á toda prueba, la desgracia se deslizaba sobre él, ó mas bien, aumentaba sus fuerzas. Su alma, llena de nobleza y altivez, aspiraba á un objeto inaccesible tal vez, pero no olvidemos que los hombres de este temple están gobernados por otras leyes que las que dirigen las acciones y los juicios de las masas: y que las cualidades superiores que los impulsan á empresas que nadie se atreveria á intentar, los autorizan á esperar conseguir lo que otros no se atreverian ni aun á desear. En una palabra, el duque Bernardo de Weimar se presenta en la historia moderna como para recordarnos á una de las mas hermosas figuras de aquellos tiempos de accion, en que el mérito personal era de algun peso en la balanza política, en que el valor conquistaba reinos y en que las virtudes heroicas elevaban á un simple caballero aleman al trono imperial.

El duque Bernardo habia legado á su hermano Guillermo, duque reinante en Weimar, sus pretensiones sobre la Alsacia y su ejército que componia la parte mas importante de la sucesion: pero la Francia, la Suecia, varios soberanos de la Alemania, y el mismo emperador, le disputaron esta herencia bajo diferentes pretextos. Todos los pretendientes comenzaron por procurar ganar á los oficiales y á los soldados,

Sebillier hace alusion aqui á Rodolfo de Habsburgo, electo emperador en 1273.

fué fácil penetrar á Pomerania, donde estaba el general Wrangel, porque otro ejército imperial mandado por Gallas habia invadido tambien este ducado. Este motivo era mas que suficiente para excusarlo á los ojos de Banner de no haber acudido en su auxilio. Los dos reunieron en el acto todos sus esfuerzos contra el enemigo comun, que se habia apoderado de Usedom, de Wolgast y de Demmin, y rechazado á los suecos hasta el fondo de la Pomerania. Sin embargo, les importaba mas que nunca mantenerse en el país y hacer valer sus derechos á su posesion, porque el duque Bogislao XIV acababa de morir.

Penetrada de esta necesidad, la regencia hizo mayores esfuerzos enviando socorros de hombres y de dinero á los generales Wrangel y Banner, estimulando el celo de la Francia y procurando reanudar sus antiguas relaciones con los príncipes protestantes. Su crédito en Alemania habia bajado mas que nunca porque la inaccion de la Francia habia hecho perder á los suecos las plazas mas importantes de la baja Sajonia. El duque Jorge de Luneburgo, desesperando de que pudieran triunfar, comenzaba á tratarles como á enemigos. Ehrenbreitstein, vencido por el hambre, habia abierto sus puertas al general bávaro de Werth; los imperiales se habian apoderado de todas las fortificaciones construidas en el Rhin por sus enemigos; los duques de Mecklemburgo se disponian á abrazar la causa del emperador, y la Francia, á pesar de la ostentacion que habia desplegado al declarar la guerra á la España no habia sufrido mas que derrotas. En una palabra, la Suecia habia perdido todo lo que poseia en el interior de Alemania, en la misma Pomerania no le quedaban mas que las plazas principales, cuando salió de esta postracion por medio de una sola campaña, y sobre todo, por la diversion que las

victorias del duque Bernardo en las orillas del Rhin habian causado á las fuerzas imperiales. Durante este tiempo la Francia y la Suecia habian renovado en Hamburgo sus antiguos tratados con nuevas ventajas para esta última potencia. Por otra parte, la princesa Amelia, viuda del landgrave Hesse Casel habia tomado con el consentimiento de los Estados las riendas del gobierno, en el que se mantuvo con firmeza á pesar de las intrigas y de las hostilidades declaradas del emperador y de los príncipes de la línea de Hesse-Darmstadt que le disputaban sus derechos á la herencia de su marido. Con negociaciones secretas supo resistir hasta el momento en que una alianza secreta con la Francia la puso á cubierto de todo peligro, y en breve las victorias del duque Bernardo tan favorables á la causa protestante que tambien era la suya, le permitieron desochar todo temor y declararse abiertamente en favor de la Suecia.

El jóven príncipe palatino habia levantado un ejército contra el enemigo comun con el dinero de la Inglaterra. Es verdad que el general austriaco Hatzfel habia derrotado á este ejército en Flotha; pero aunque fracasó esta expedicion, tuvo por lo menos la ventaja de haber ocupado á los imperiales facilitando así las operaciones de los suecos en otros puntos. Muchos de sus antiguos amigos comenzaron á serles favorables y los Estados de la baja Sajonia habian consentido en permanecer neutrales.

Así fué como bajo tan plausibles auspicios, y reforzado con catorce mil hombres que le habian enviado de Suecia y de Livonia, abrió Banner la campaña de 1638. Su ejército habia aumentado cada dia mas con la desercion de los imperiales, quienes apremiados por el hambre, que era su mas cruel enemigo, se alistaban bajo la bandera sueca, donde la falta

de víveres se hacia sentir menos cruelmente, porque la Pomerania, aunque agotada, podia aún pasar por rica en comparacion de las provincias alemanas.

Todos los países entre el Elba y el Oder estaban devastados á tal grado, que Banner no hubiera podido atravesarlos con su ejército sin exponerlo á morir de hambre. Por lo mismo en cuanto estuvo bastante fuerte para dejar la Pomerania y emprender una expedicion contra la Sajonia y la Bohemia, dió un largo rodeo para llegar á estas provincias. Al acercarse al terreno de Halberstadt, todo el electorado se sobrecogió de un tal espanto, que se apresuraron á enviar á su encuentro provisiones de víveres para decidirlo á permanecer en los alrededores de Magdeburgo. El envio de estos víveres era un sacrificio tanto mas cruel, cuanto que ya habian sido reducidos por el hambre á vencer el horror que inspira la idea de alimentarse con carne humana. Pero Banner de ninguna manera pensaba en permanecer en aquellas agotadas provincias, su intencion era apoderarse de los Estados hereditarios del emperador.

Despues de haber batido al general austriaco de Salis delante de Elaterburg, derrotado al ejército sajón, cercado Schemnitz y tomado posesion de Pirna, penetró en Bohemia, pasó el Elba, amenazó á Praga, semetió Brandels y Leutmentz, puso al general Hotkirchen en derrota y esparció el terror y la consternacion por toda la Bohemia. En este desgraciado reino, que habian dejado sin defensa, todo lo que se podia trasportar fué presa de los vencedores: para hacerse de provisiones de granos cortaban las espigas de los campos donde los caballos iban á comer y á destrozar el resto. Mas de mil castillos fueron reducidos á cenizas, y algunas veces se vieron en una sola noche centenares de ellos devorados

por las llamas. De la Bohemia, estos vencedores furiosos se extendieron por la Silesia, desde donde amenazaron con una suerte igual á la Moravia y al Austria, cuando fueron detenidos en sus sangrientos triunfos por los generales Hatzfeld y Piccolomini á las órdenes del archiduque Leopoldo, á quien el emperador habia encargado de reparar la derrota de Gallas. Arrojadados de sus cuarteles de invierno en Bohemia desde el principio de 1640, los suecos no pensaron mas que en salvar su botin, y se retiraron con tanta precipitacion al traves de las montañas de la Misnia que fueron sorprendidos y batidos por los sajones. Este revés los obligó á buscar un refugio en Turingia. Si una sola campaña habia bastado para restablecer la gloria de sus armas, una sola habia bastado tambien para hacérselas perder, pero la siguiente volvió á levantarlos y de este modo los veremos sin cesar pasar de un extremo á otro.

Cansados, por último, de las cadenas que les imponia la paz de Praga, los duques de Luneburgo condujeron en auxilio de Banner las tropas que algunos años ántes lo habian combatido. La Hesse le envió algunos auxiliares, y el duque de Longueville, general en jefe del antiguo ejército del duque Bernardo, que era ya propiedad de la Francia, vino con sus valientes tropas á unírsele delante de Erfurt, donde estaba acampado y amenazado de una ruina total.

Bastante fuerte ya para desafiar nuevamente á los imperiales, Banner les presentó batalla cerca de Saalfeld; pero su jefe Piccolomini la evitó y la posición que habia tomado no permitia obligarlo á que la aceptase. En la necesidad de procurarse conquistas por otra parte, quiso atacar á los bávaros que se habian separado de los imperiales y dirigian su marcha á la Franconia. Pero la prudencia del general

bávaro Merey, y la intermediacion de un cuerpo austriaco hicieron fracasar este proyecto. Los dos ejércitos de Baviera y de Austria entraron en el país de Hesse, en donde se encerraron en campos fortificados poco distantes uno de otro, y de los cuales el frío y el hambre no tardaron en arrojarlos. Piccolomini escogió para cuarteles de invierno las orillas del Wesser, pero Banner se adelantó y tuvo que cederlas marchando á los obispados de Frauconia, donde con su desastrosa presencia redujo á la desesperación á aquellos desgraciados países.

En medio de estos acontecimientos se habia reunido una Dieta en Ratisbona para decidir en último resorte de la paz ó de la guerra. El emperador Fernando III la presidia en persona; pero la mayor parte de los miembros protestantes estaban ausentes, y los católicos, especialmente los obispos, dirijian solos las deliberaciones; por lo mismo el partido de la reforma sostuvo con razon que el imperio no estaba representado en esta Dieta, que ellos miraban como una conspiracion del emperador y de sus partidarios contra sus intereses y derechos. Persuadido Banner de que trastornando esta asamblea y dispersándola ántes de que pudiese tomar una decision, adquiriria derechos á la gratitud de todos los enemigos del emperador y repararia su gloria militar comprometida por el mal éxito de su expedicion á Bohemia, se propuso sorprender la ciudad de Ratisbona.

Sin confiar á nadie su atrevido proyecto, dejó repentinamente, y en medio del invierno de 1641, sus cuarteles de Luneburg. La espesa capa de nieve le facilitó el medio de trasportar sus tropas con una velocidad extremada, y los hielos profundos que encadenaban el curso de los rios le permitieron pasarlos sin puentes y sin barcas.



Llevando tras sí al mariscal de Guébriant, uno de los jefes del ejército de Francia y de Weimar, (nombre con que se designaba al antiguo ejército del duque Bernardo), Banner atravesó con la rapidez del rayo la Turingia y la Voigtland, y se presentó frente á Ratisbona antes de que hubiesen tenido tiempo de notar su partida de Luneburg. Sería imposible describir la consternacion de la Dieta; los representantes de las potencias extranjeras emprendieron la fuga; todos los soberanos alemanes se dispusieron á imitar este ejemplo; solo el emperador tuvo el valor de declarar que no saldria de la ciudad, cualquiera que fuese la suerte que le estuviera reservada, y su firmeza inspiró el valor aun á los mas tímidos. Desgraciadamente para los suecos, un deshielo inesperado rompió los hielos del Danubio, y este rio, que la víspera estaba inmóvil y que se podia pasar á pié enjuto, se puso en un momento tan furioso, que solo un acto de locura hubiera podido pensar en colocar en él un puente ó algunas barcas. Banner quiso hacer aunque fuera una demostracion para humillar al emperador, y no se retiró sino despues de haber disparado quinientos cañonazos en las calles de la ciudad, los que produjeron mucho ruido, pero no hicieron gran mal. Para indemnizarse de esta empresa desgraciada, y asegurar á sus tropas buenos cuarteles de invierno y un rico botin, tomó la resolucion de penetrar á Moravia por la Baviera; pero el general frances se negó á seguirlo mas tiempo, por temor de que quisiese de este modo alejar al ejército de Francia y de Weimar, para disponer de él á su capricho. En consecuencia, se movió hácia el Mein, dejando á Banner expuesto á todos los ataques del ejército imperial, que á toda prisa se habia reunido entre Ratisbona é Ingolstadt. Arriesgar una batalla contra un enemigo tan superior en número, hubiera

sido perderse: la retirada al través de una comarca enemiga, surcada de rios y cubierto de bosques, parecia imposible; pero nada lo era para un carácter tan fecundo en expedientes y un valor tan indomable como el de Banner. El camino por en medio de la Sajonia y de la Bohemia, era el único que podia tomar; pero para penetrar en él, era preciso detener al enemigo algunos dias, cuando menos, y confió esta importante tarea á tres regimientos suecos, que sin otras fortificaciones que las murallas medio arruinadas de Neuburg entretuvieron con un valor espartano, durante cuatro dias, á todo el ejército imperial, de cuya oportunidad se aprovechó Banner para escaparse por Eger y Annaberg. Pero Piccolomini lo persiguió por un camino mas corto, y si Banner no hubiera tenido la fortuna de adelantar una media hora de camino, cerca del Paso de Prsnitz hubiera quedado destruida para siempre la autoridad sueca en Alemania. En Zwickan, Banner se reunió otra vez con Guébriant, y los dos se dirigieron á Halberstadt, despues de procurar impedir inútilmente el paso del Saale á los austriacos.

En Halberstadt fué donde el mes de Mayo de 1641, terminó el general Banner su gloriosa carrera: y esta vez, por lo menos, no se pudo atribuir la muerte de un grande hombre á otro veneno mas que á sus desórdenes.

Si la fortuna no habia permitido al general Banner sostener la gloria de las armas suecas con un brillo constante, nunca cesó de mostrarse digno del héroe en cuya escuela habia aprendido la profesion de las armas. Tan prudente como intrépido, sus secretos á él solo le pertenecian, y ejecutaba con la mayor rapidez las vastas y temerarias concepciones de su genio inagotable en recursos. Inaccesible al

temor, amaba el peligro; mas grande en la advesidad que en la fortuna, sus enemigos nunca le temian mas, sino cuando estaba próximo á su ruina. Pero á estas cualidades elevadas, reunia todos los defectos, todos los vicios que á menudo engendra la vida de los campamentos, y cuya excusa está siempre en sí misma. De un carácter tan absoluto en el consejo, como al frente de un ejército, rudo como su profesion, y orgulloso como un conquistador, hacia desesperar á los príncipes alemanes, sus aliados, mas aún por la arrogancia de sus maneras, que por las contribuciones con que gravaba sin consideracion á sus Estados. Afecto á los placeres de la mesa y á todos los goces de los sentidos, se entregaba á ellos sin medida, como el único medio de indemnizacion de las fatigas y privaciones de la guerra; y usó de ellos con tan poca moderacion, que su muerte prematura se atribuyó á los desórdenes de su vida desarreglada. Pero si fué sensual, absoluto y suntuoso como Alejandro y Mahomet II, como ellos, sabia pasar tambien repentinamente de la embriaguez, de la voluptuosidad y del lujo, á las fatigas y á los peligros de la guerra; así es que casi siempre en el momento en que sus soldados lo acusaban de ahogar sus virtudes guerreras en una vergonzosa y afeminada molicie, era cuando se le veia aparecer á la cabeza de su ejército, con toda la severa austeridad, el valor infatigable y la calma imponente de un gran capitán. Las diversas batallas que dió en el territorio aleman costaron la vida á mas de ochenta mil hombres, y las seiscientas banderas y estandartes que envió á Estocolmo, inmortalizaron su nombre, dando un testimonio de sus numerosas victorias. La pérdida de este grande hombre fué tanto mas cruel para la Sueca, cuanto que todo lo autorizaba á considerarla como irreparable. Solo la energía de Banner

habia podido contener la licencia desenfrenada y el espíritu de insurreccion, que hacia mucho tiempo se habia introducido en el ejército. Así es, que no bien estuvieron informados los oficiales de su muerte, pidieron sus sueldos atrasados con un tono tal de amenaza y de autoridad, que ninguno de los cuatro generales que se habian dividido el mando, logró hacerles entrar al deber. Todos los lazos de la disciplina se relajaron; la falta de víveres y los manifiestos del emperador, que llamaban á sus banderas á los soldados de todas las naciones, causaron una desercion considerable. El ejército de Francia y de Weimar mostraba poca actividad; el de Lüneburg se separó de los suecos; la casa de Brunswik se reconcilió con el emperador, despues de la muerte del duque Jorge, y las tropas de la Hesse se dirijieron á Westfalia para descansar de sus fatigas. El enemigo, á pesar de dos grandes batallas que habia perdido en el curso de la campaña, se aprovechó del desórden ocasionado por la muerte del general Banner, para establecerse en la Baja Sajonia. Pero de repente llegó de Suecia un generalísimo, Bernardo Forstenson, con nuevas tropas y todos los recursos necesarios para comenzar de nuevo la guerra.

Forstenson era discípulo de Gustavo-Adolfo, á quien habia servido de page, y á cuyas órdenes habia hecho la primera campaña de Polonia. Por desgracia la gota, al paralizar sus miembros, lo habia arrebatado á una carrera á la cual parecia predestinado: pero no obstante su enfermedad, logró en poco tiempo cambiar los negocios de Suecia en Alemania. Precicado á mandar el ejército en una litera, superó á todos sus adversarios por la rapidez de sus maniobras y los derrotó, no tanto por la maestría, cuanto por la audacia de sus operaciones. Si los crueles dolores encadenaban los movimien-

tos de su cuerpo, en cambio las creaciones de su génió parecían tener alas. Hasta entónces los Estados austriacos habian permanecido exentos de los destrozos que hacia mucho tiempo desolaban á la Alemania. Forstenson se propuso hacerles sufrir igual suerte. Todos los generales suecos habian tenido este proyecto, solo él supo realizarlo. Condujo á su ejército agotadas sus fuerzas por las privaciones de toda especie, á aquella Austria privilegiada, en que todavía reinaban el lujo y la abundancia, y su mano *paralizada*, mas fuerte que la mano de fierro de sus predecesores, arrojó la tea de la guerra hasta las gradas del trono imperial. Todos los generales, y particularmente Stahlhantsch, que despues de haber sido batido por los imperiales en Silesia se habia refugiado á la nueva marca, recibieron la órden de dirigirse con sus tropas al país de Luneburg, en donde el generalísimo acababa de establecer su cuartel general: y los preparativos se hicieron con tanta prontitud y misterio, que el ejército sueco pudo atravesar los Estados del Brandeburgo á pesar de la neutralidad armada que su nuevo elector, que despues fué tan célebre, acababa de adoptar, y se presentó en Silesia antes de que el enemigo pudiese adivinar hácia qué lado pensaba dirigir sus ataques. La ciudad de Glogau fué tomada sin el auxilio de la artillería: en lugar de batir las murallas en brecha, los asaltantes las escalaron con la espada en la mano y se apoderaron de la plaza sin haber recibido ni disparado un solo cañonazo. El duque Francisco Alberto de Lauenburgo, el mismo que habia visto á Gustavo-Adolfo recibir á su lado una bala austriaca, fué muerto por una bala sueca cerca de Schweidnitz, despues de haber sido testigo de la completa derrota de las tropas que mandaba. La ciudad de Schweidnitz y todas las provincias mas allá del Oder

fueron conquistadas con una rapidez que tenia algo de prodigioso.

Despues de estos triunfos, Forstenson invadió la Moravia, donde hasta entónces no habia penetrado ningun enemigo del Austria, y se apoderó de Olmütz. La noticia de la pérdida de esta fortaleza que se creia inexpugable, esparció el terror hasta la ciudad imperial. El archiduque Leopoldo y el general Piccolomini reunieron en el acto sus fuerzas y obligaron al conquistador á dejar la Moravia y poco despues la Silesia. Pero llamando inmediatamente al general Wrangel con su cuerpo de ejército, Forstenson tomó de nuevo la ofensiva y se apoderó otra vez de la mayor parte de las ciudades perdidas. A pesar de sus esfuerzos no pudo obligar á los imperiales á aceptar la batalla, y buscó en vano la manera de penetrar á Bohemia.

Para indemnizarse, invadió la Lusacia, se apoderó de Zittan, continuó su marcha al traves de la Misnia, pasó el Elba cerca de Torgan, y no se detuvo sino para sitiar á Leipzig, donde se lisonjeaba que encontraria víveres en abundancia y grandes riquezas, porque hacia diez años que esta ciudad habia logrado salvarse de las calamidades de la guerra. El archiduque Leopoldo y Piccolomini acudieron violentamente á socorrerla. En lugar de evitarlos, Forstenson marchó á su encuentro en órden de batalla, y por un singular concurso de circunstancias, se encontró frente á ellos en el mismo terreno en que, once años ántes, Gustavo-Adolfo habia fundado el poder de los suecos en Alemania consiguiendo una brillante victoria.

Este glorioso recuerdo inflamó el ardor del ejército y de sus gefes y todos juraron que se mostrarían dignos del terreno santificado en el cual iban á tener la felicidad de com-